

La docencia es una forma de vida, no una “chamba”

Adriana Piedad García Herrera

Doctora en educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. adrianapiEDAD.garcia@bycenj.edu.mx

La carrera docente

Vaillant y Marcelo (2015)¹ en su libro *El ABC y D de la Formación Docente* estructuran por capítulos la carrera docente, asignando, de manera creativa, las primeras letras del alfabeto a los distintos periodos por los que se transita en la profesión. La A de antecedentes, que incluye los años de escolaridad previos a la Licenciatura y el ambiente familiar, todos estos antecedentes se viven de forma muy diversa en cada caso particular.

La B de la formación inicial o de base, que en México se lleva a cabo en las escuelas Normales, se podría decir que en ese momento se formaliza el vínculo con la profesión. A lo largo de cuatro años se adquiere dicha formación de base, en la que se incluyen también las actividades de práctica que se realizan en las escuelas de educación básica. La C refiere específicamente al Comienzo, los dos primeros años de la carrera profesional, con programas específicos de atención y acompañamiento, no sólo en México, también en otros países en los que se ha detectado que son los primeros años en los que más docentes abandonan la profesión.

Y finalmente la D de Desarrollo, periodo denominado de diversas maneras y cuyas características se visualizan de forma muy heterogénea, pero que se acompaña con los años de trabajo docente, y eventualmente la jubilación. Los caminos, aunque variados, también se pueden contar a través de trayectos y metas individuales. A lo largo de los años de servicio se puede hacer un posgrado, pero también se puede aspirar a una dirección o incluso una supervisión escolar. La carrera docente que se visualiza se puede convertir en metas a lograr y tenemos muchas historias en las que así se hace.

Como todos los modelos, el que presentan Vaillant y Marcelo (2015) nos permite organizar la carrera docente con un criterio de formación. Esta trayectoria refleja una vida dedicada a la docencia, en la cual se tienen muchas influencias: formales, informales, implícitas, explícitas, “ocultas”, etcétera, porque la docencia se transita con otros, no es un asunto exclusivamente personal.

La docencia: una forma de vida

Vivir la docencia como profesión significa darle sentido a la existencia a través del desarrollo personal y profesional. Cumplir las metas personales y profesionales en el mismo espacio de trabajo es la principal aspiración para vivir una vida con plenitud. Seguramente vienen a nuestra mente compañera/os de trabajo y amiga/os docentes que dedicaron su vida a la docencia y que lo hicieron de todo corazón, ¿en qué se les nota?, podríamos aventurar algunos indicios:

Dedicarse a la docencia como forma de vida implica tener aspiraciones y convertirlas en metas. Significa imaginar ese futuro de logros, convirtiendo las acciones presentes en el recorrido que hemos de seguir para llegar ese fin, independientemente del lugar en el que hemos iniciado el recorrido. La escuela Normal es el escenario de la formación de base, en él los estudiantes, docentes en formación, se relacionan con sus compañeros, sus profesores, los cuerpos directivos y el personal que realiza actividades de apoyo y servicios. En esa interacción diaria se intercambian mensajes explícitos e implícitos sobre la formación docente y las posibilidades de compaginar el desarrollo personal con el profesional.

La influencia cotidiana que reciben los estudiantes a lo largo de los cuatro años de su formación inicial va moldeando sus expectativas individuales. Quizá ingresaron a la Normal por sus antecedentes familiares y la presión para seguir una tradición que se ha mantenido por años en la familia, pero el gusto por la docencia se descubrirá día a día y en ello tienen mucha influencia sus pares y sus profesores. Un profe-

sor que vive la docencia como forma de vida, transmite en sus clases esa pasión por enseñar y por aprovechar todas las oportunidades para contagiar ese gusto por la enseñanza a sus alumnos. Es un profesor que no se repite, sino que se recrea en cada clase y en cada grupo, es decir, es sensible a las características de los estudiantes con los que trabaja.

En cada cosa que dice el profesor, o que hace, se nota una vida dedicada a la docencia. Vive el aquí y el ahora, sin nostalgia de un presente imaginado, pero inexistente. La docencia como forma de vida no sufre el “síndrome del otro lado”², es decir, pensar que otras profesiones son mejores o que el sentido de la vida está en otro lugar. Ésta es la vida que el docente construyó para sí mismo y la disfruta, y sus alumnos lo notan.

El currículum oculto no se puede ocultar, lo que digo y lo que hago durante mis clases envían un mensaje claro de una vida dedicada a la docencia, o una docencia que se tiene que sufrir porque no hay más remedio, “porque es mi chamba”. La chamba se tiene que conservar porque es la que me da el ingreso, pero es muy triste cuando esa chamba no es la vida que se pensaba o la que se quiere, esa frustración es el dilema en el que viven los docentes que no han logrado compaginar su desarrollo personal con el profesional, y ese desencanto también se nota, los estudiantes lo notan.

Los logros en la docencia como forma de vida se sitúan en el lugar de trabajo, es decir, mis logros personales y académicos si sitúan en la Normal. Un docente que presume sus logros académicos en escenarios ajenos a la Normal, como son los posgrados o la docencia en instituciones universitarias, que en muchas ocasiones son del sector privado, envía ese mensaje del síndrome del otro lado, “la verdadera docencia esta en otro lugar”, y esa influencia tiene un impacto negativo en la formación de los futuros docentes con los que trabajamos en la Normal.

Por supuesto que la carrera docente se puede desarrollar en distintos escenarios, pero el reto es compaginar el desarrollo profesional con el personal, el trabajo en la escuela Normal y en otros escenarios

posibles, la participación en grupos de estudio o de investigación que nos hagan crecer profesional y personalmente, incluso la búsqueda de mejores ingresos, pero en esa visión holística de la profesión y la vida.

La docencia como forma de vida no es llevarse trabajo a casa y dedicar “tantas horas” a la revisión de tareas o a la “preparación” de la clase. La docencia como forma de vida es una actitud. Somos el presente que está cimentado en años de vivir la docencia como profesión, que alimenta el desarrollo personal. El futuro que queremos lo vamos construyendo día a día en este presente, en el contacto cotidiano con nuestros estudiantes. Somos lo que hemos hecho, y dejado de hacer, para dedicarnos a la docencia como forma de vida, y eso se nota.

Con este texto quiero brindar un reconocimiento a mis colegas que han dedicado su vida a la docencia y que lo hacen con pasión. Mis compañeras, compañeros, ex alumnas, ex alumnos, directivos en servicio o jubilados y los profesores que tuve y que sigo teniendo, y que contribuyeron en mi formación como docente y me contagiaron ese gusto por la docencia como forma de vida. Esta profesión nunca se abandona, somos docentes dentro y fuera de la escuela, en el pasado, en el presente y en el futuro; en el cuerpo, en la mente y en el alma, va mi agradecimiento en este Día del Maestro 2023.

Notas

¹ Vaillant, D. y Marcelo, C. (2015). *El ABC y D de la Formación Docente*. Madrid: Narcea.

² Expresión que leí en Woods, P. (1987). *La escuela por dentro. La etnografía en la Investigación Educativa*. Barcelona: Paidós.